

**EZAGUTZEN EZ DIREN
JENDEAREN ARTEKO
SARRASKIA DA GERRA,
EZAGUTZEN DIREN BAINA
HILTZEN EZ DIREN
JENDEEZ BALIATZEKO.**

(Paul Valéry)

**LA GUERRA ES UNA
MASACRE ENTRE GENTES
QUE NO SE CONOCEN,
PARA PROVECHO DE
GENTES QUE SI SE
CONOCEN PERO QUE
NO SE MASACRAN.**

(Paul Valéry)

WEB ORRIAK

FAI:

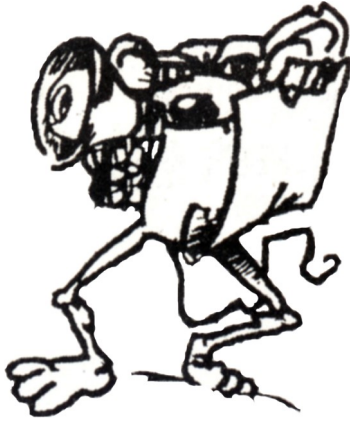
www.federacionanarquistaiberica.wordpress.com

TIERRA Y LIBERTAD

www.nodo50.org/tierraylibertad

IAF - IFA:

www.iaf-ifa.org



**ekin ren
ekin z**

LEGE GORDAILUA: BI-335/98
Gurekin kontaktatu nahi
baduzu idatzi

helbide honetara:

Si quieres contactar con
nosotr@s escribe
a esta dirección:

43 p.k.

48970 Basauri
(Bizkaia)

E-mail:

ekinarenekinaz@gmail.com

AMADA LIBERTÁRIA PA



Raízes Anarquistas
Experiências e Lutas Populares

s y inscrição:

riseup.net



**ekin ren
ekin z**

prentsa anarkista eta anarkosindikalista

ekinaren ekinaz

Tierra y Libertad

Acracia (Chile)

Terra Livre (Brasil)

El libertario (Venezuela)

Periódico Acción Directa (Peru)

El surco (Chile)

Organise! (en inglés)

Resistance (en inglés)

Le Monde Libertaire (en francés)

Umanità Nova (en italiano)

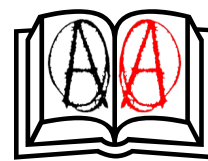


Portal Oaca

La haine

Kaos en la red

A las barricadas



albisteak



www.portaloaca.com

www.lahaine.org

www.kaosenlared.net

www.alasbarricadas.org

**BEGIRA EZAZU MUNDUA
BESTE BEGI BATZUEKIN**

**IRAKURRI ETA EDATU
PRENTSA LIBERTARIA**

liburutegiak - liburuak

La Malatesta

Editorial Germinal

www.lamalatesta.net

www.editorialgerminal.wordpress.com/

toki interesgarriak

Grupo Moiras

Liberación Animal

Federación Estudiantil Libertaria (FEL)

Cruz Negra Anarquista

www.grupomoiras.noblogs.org

www.nodo50.org/liberacionanimal

www.felestudiantil.org

www.cruznegraanarquista.noblogs.org/

Por un nuevo manifiesto anarquista contra la guerra

En estos meses en los que la tragedia de la guerra está llamando cada vez más la atención internacional por la crisis de Ucrania, el tema del anti-militarismo anarquista es más convincente que nunca. Vemos cómo, ya antes de la invasión rusa de Ucrania, algunos individuos y grupos que se declaran anti-autoritarixs, libertarixs o anarquistas, han realizado una crítica muy dura a nuestro anti-militarismo tradicional. En los últimos meses hemos examinado detenidamente estas posturas y, hoy, creemos que debemos aclarar nuestro punto de vista.

Nuestro pensamiento se dirige, en primer lugar, a nuestrxs compañerxs que, hace más de un siglo, antes de la tragedia de la Primera Guerra Mundial, sintieron la necesidad de afirmar que: "A todxs lxs soldadxs de todos los países que creen luchar por la justicia y la libertad, tenemos que declarar que su heroísmo y su valor no servirán más que para perpetuar el odio, la tiranía y la miseria" (Manifiesto Anarquista Internacional contra la Guerra, 1915). Al igual que Goldman, Berkman, Malatesta, Schapiro y lxs demás, creemos en la necesidad de que la voz internacionalista y solidaria del anarquismo, junto con sus principios de hermandad universal, vuelvan a hablar a todxs, más aún en un mundo cada vez más fragmentado por el odio nacional, étnico e identitario.

La guerra está en el origen del actual orden social, basado en la dominación, la explotación y la opresión. Éste es un punto clave para la FAI, como se expone en el Programa Anarquista que es la referencia teórica de nuestra Federación: "Al no comprender las ventajas que podrían derivarse para todxs de la cooperación y la solidaridad, viendo en cada otrx un/a competidor/a y un/a enemigx, una parte de la humanidad ha tratado de acaparar la mayor cantidad posible de riqueza en detrimento de lxs demás. En esa lucha, el/la más fuerte, o el/la más afortunadx, termina por ganar y oprimir y dominar de diversas maneras a lxs vencidxs".

Por eso mantenemos nuestra posición de rechazo a todas las guerras y de apoyo a la idea del derrotismo revolucionario. Por derrotismo entendemos una posición revolucionaria ante la guerra, que implica que se debe luchar por la derrota del gobierno y de las clases dominantes de su propio país, por considerar que las guerras se libran por los intereses y privilegios de lxs opresorxs y explotadorxs. A principios del siglo XX, y especialmente durante la Primera Guerra Mundial, algunos gobiernos europeos utilizaron la acusación de "derrotismo" para reprimir cualquier forma de disidencia, de oposición a la guerra, de protesta política o de lucha obrera, que rompiera la unidad nacional ante el/la enemigx. Por lo tanto, el derrotismo no acepta las suspensiones de las luchas sociales que imponen los gobiernos en tiempos de guerra mediante la censura, la represión y las leyes marciales. Por el contrario, la lucha contra el gobierno en tiempos de guerra continúa, tanto saboteando la guerra como fomentando las luchas sociales. El derrotismo se inserta en una perspectiva internacionalista y revolucionaria que tiene como objetivo provocar la derrota del imperialismo de "nuestros" países, y uno de sus puntos fundamentales es el rechazo a apoyar a cualquier parte beligerante en las guerras entre estados y/o bloques imperiales.

Actualmente se libran decenas de guerras, con su carga de

mueres, destrucción, violaciones, saqueos y deportaciones masivas. En los últimos quince años, la crisis del sistema de hegemonía basado en la globalización ha producido una tendencia mundial hacia el autoritarismo y la militarización. La globalización como forma de dominación mundial ha asegurado durante mucho tiempo un papel privilegiado en la explotación de los recursos del planeta al imperialismo anglo-americano, con el apoyo de las clases privilegiadas de varios países. La entrada de Rusia y China en el Fondo Monetario Internacional y en la Organización Mundial del Comercio ha demostrado que los conflictos entre estas potencias no cuestionan la división de la sociedad en clases y diversas jerarquías.



En el Congreso de la FAI que tuvo lugar en Empoli en junio de 2022, emitimos una declaración sobre las interpretaciones de la guerra en Ucrania, de la que citamos una parte: "En los últimos diez años, un escenario muy diferente se ha definido por la intensificación de las tensiones entre los Estados, las guerras comerciales y financieras, el aislamiento progresivo de los mercados en mayor o menor medida, la extensión de los conflictos que se producen en parte por delegación, pero cada vez más en forma directa, entre las potencias mundiales y regionales en diferentes regiones del mundo. El modelo capitalista impuesto en el siglo pasado por la hegemonía estadounidense sigue siendo el horizonte en el que se desarrollan las contiendas entre Estados, pero el mundo ya no está dominado por una única súper-potencia. Estados Unidos ha perdido las guerras de Afganistán, Irak y Siria y, en comparación con hace unas décadas, su influencia en América Central y del Sur, que solía considerar su patio trasero, ha disminuido significativamente. El acuerdo AUKUS entre Australia, el Reino Unido y EE.UU., que reorientó la estrategia de estos Estados hacia el Pacífico con una alianza separada, parecía poner en entredicho la presencia estadounidense en Europa y la propia cohesión, si no la existencia, de la OTAN. Así, la invasión rusa de Ucrania forma parte de un proceso de re-definición del equilibrio de poder mundial.

La crisis de esta hegemonía global está estrechamente relacionada con la crisis de los sistemas de gobierno basados en la cohesión social, debido al recorte de las garantías sociales y al debilitamiento de los mecanismos de consenso. En muchos países hemos visto el surgimiento de movimientos que, con diferentes formas y características, cuestionan a los gobiernos

y los acuerdos entre las clases dominantes. En este contexto, el uso de la fuerza se convierte en el principal instrumento de estas últimas para la conservación del poder y del orden social. En este sentido, en los últimos años se ha discutido el creciente papel de los militares en las sociedades. El levantamiento en Bielorrusia en 2020 y la insurrección en Kazajistán en enero de 2022 han mostrado una grave crisis de consenso dentro del sistema dirigido por Rusia. En la celebración de la OTSC, los militares han asumido un papel clave. La intervención militar rusa en Kazajistán para aplastar sangrientamente los levantamientos populares fue una trágica demostración de ello, y preparó el camino para la invasión de Ucrania en febrero. Incluso en Estados Unidos, las revueltas contra la violencia racista en 2020 llevaron a la cúpula de las fuerzas armadas a apoyar la investidura de Biden como presidente en un preludio de la guerra civil a principios de 2021, para evitar que el supremacismo violento de Trump exasperara irremediabilmente la crisis de consenso."

La respuesta a la crisis es el aumento del gasto militar y el refuerzo del papel de las fuerzas armadas en las decisiones políticas. Una vez destruidos los mecanismos de regulación económica y política que establecían la jerarquía entre las potencias y los flujos de beneficios hacia las metrópolis imperialistas, las clases dominantes necesitan la guerra para restaurar la antigua dominación o para definir otras nuevas. En el contexto de este nuevo desorden mundial, el recurso a la guerra y a las misiones militares es cada vez mayor, sea cual sea la forma en que los gobiernos las definan en su propaganda.

De Ucrania a Yemen, de los países del Sahel a Myanmar, de Afganistán a Tigray y otros lugares, pasando por todas las regiones en las que están en marcha genocidios como el kurdo y los de las poblaciones indígenas y afro-descendientes, todos estamos potencialmente bajo las bombas y la amenaza de destrucción, represión y cambio autoritario. Sabemos bien que las puertas giratorias entre las llamadas democracias y las llamadas autocracias pueden moverse muy rápidamente, y que el estado de guerra reduce rápidamente el espacio para lxs que quieren actuar para la transformación social. Siempre damos nuestra solidaridad humana a quienes sufren y arriesgan su vida estando en situaciones difíciles, aunque tengan ideas y prácticas distantes de las que nosotrxs expresamos.

Sin embargo, el anarquismo social rompe con las actuales lógicas imperialistas, capitalistas, nacionalistas y autoritarias, rechazando las divisiones impuestas por las fronteras. No reconocemos el concepto de integridad territorial o de "defensa" territorial de un Estado o de cualquier entidad que aspire a ser como un Estado porque, asociados al principio de soberanía territorial, estos principios acaban inevitablemente por fomentar perspectivas nacionalistas o micro-nacionalistas. Sea cual sea el significado de la palabra "nación", ésta esconde la división entre explotadorxs y explotadx, entre opresorxs y oprimidx.

Reiteramos nuestra condena irrevocable e inequívoca del régimen putiniano y de su criminal invasión de Ucrania, así como de su feroz represión de la disidencia interna. Pero también condenamos el papel criminal de todos los gobiernos que soplan sobre las llamas de este y otros conflictos proporcionando armas, a menudo ganando dinero con esos suministros. Nos oponemos enérgicamente a la OTAN, que desde hace tiempo trata de imponer la militarización de la vida social y el aumento del gasto militar en los países miembros, y que gra-

cias a Putin ha cobrado nueva fuerza tras el inglorioso final de su agresión en Afganistán. Del mismo modo, no compramos la narrativa de una guerra entre la libertad y la dictadura. Desde este punto de vista, la Ucrania de Zelensky es realmente una pequeña Rusia, con un gobierno autoritario, un círculo de oligarcas que saquean el país, actuando una represión contra toda forma de protesta y contra las minorías que la guerra ha endurecido. Hoy Zelensky, para mantenerse en el poder, se endeuda y vende su país a Estados Unidos, al Reino Unido, a la Unión Europea, a cambio de su apoyo militar. Pero la penetración de los intereses occidentales en Ucrania no se debe, ni mucho menos, sólo a la invasión rusa del 24 de febrero: las multinacionales agro-alimentarias, muchas de ellas estadounidenses y una rusa, controlan parte del "granero" de Europa y su principal puerto comercial en Odesa desde hace más de 10 años.



Las consecuencias de esta guerra son dramáticas en ambos lados del frente. Son desastrosas también para el resto de Europa, con el aumento de los precios debido a la especulación, la creciente militarización y el rearme, el empeoramiento de las condiciones de vida de millones de proletarios, incluyendo el miedo y la violencia, que corren el riesgo de convertirse en peligrosas herramientas para los gobiernos autoritarios. Esta situación se percibe una vez más en Europa, pero en realidad caracteriza a la mayoría de las regiones del mundo, en paralelo a la devastación medioambiental fomentada por las lógicas del beneficio, de los mercados y de los Estados, que amenazan la vida misma del planeta en el que vivimos.

El primer compromiso de quienes se oponen a la guerra es la construcción y difusión de prácticas de ayuda mutua, como las redes de solidaridad desde abajo, para satisfacer las necesida-

des inmediatas de lxs individu@s que más sufren las consecuencias del conflicto, sean estas alimentarias o de apoyo médico. También son necesarias las redes de apoyo a lxs que practican la huelga, el sabotaje, la desertión, como las redes transnacionales para los que se esconden o huyen de o sobre ambos lados del frente. En este sentido, rechazamos y luchamos por deconstruir los modelos patriarcales y de dominación que impone el militarismo y que repite sin cesar la propaganda de guerra en los medios de comunicación oficiales y también en las redes sociales, donde el protagonismo lo tienen siempre las mismas imágenes de robustos y jóvenes combatientes masculinos.

Desde varias partes se sugirió tomar partido luchando realmente por uno de los gobiernos que hacen esta guerra, como si fuera inevitable tomar partido por uno u otro.

Algunas reliquias del marxismo piensan que pueden apoyar a un imperialismo menor para derrotar la amenaza imperante que identifican con el "occidental". Pero la estrategia de jugar con las potencias imperialistas para agudizar sus contradicciones, como la alianza entre movimientos obreros y fuerzas nacionalistas que caracterizó al estalinismo entre las dos guerras mundiales y después, llevó a destruir toda perspectiva revolucionaria y a obstaculizar toda acción autónoma de las clases explotadas y oprimidas.

Otras interpretaciones siguen enfoques diferentes, evaluando el imperialismo ruso como un peligro para toda Europa y más allá. Estas interpretaciones también son respaldadas por algunos componentes de orientación libertaria. Sin cuestionar la amenaza que supone el autoritarismo y el militarismo ruso, creemos que no será la derrota militar de Rusia en Ucrania la que impida un giro autoritario en Europa Occidental. Los procesos sociales autoritarios que son evidentemente dominantes en Rusia y en los países del OTSC también se están actuando desde hace años en la Unión Europea, y la guerra les está dando ahora una mayor aceleración. Además, la "democracia" se basa en la condición del privilegio de alguien. La visión que presenta a la Unión Europea como faro de la democracia, identificando en cambio a Rusia, China y sus satélites como herederos del totalitarismo combinado con el capitalismo salvaje, es la quintaesencia de un occidentalismo que no nos pertenece.

Éstas son nuestras posiciones, que confirman nuestro anti-militarismo en una perspectiva internacionalista y revolucionaria que debe arraigarse concretamente en las luchas sociales y en las redes de solidaridad, para crear salidas colectivas y libertarias del vórtice de la guerra al que nos arrojan los Estados y el capitalismo mundial. Ésta es nuestra contribución al debate internacional contra la guerra. Creemos que una cosa debe quedar clara por encima de todo: con o sin armas, para que sea efectiva, cualquier lucha debe hacerse y organizarse desde abajo, fuera de los aparatos de los estados, de los gobiernos y, especialmente, fuera de las fuerzas armadas.

Incluso los gobiernos beligerantes o co-beligerantes son conscientes de que la guerra implicará masacres y devastación en las zonas directamente afectadas, pero también miseria, desempleo y hambre en el resto del mundo, incluso en Europa, incluso en Estados Unidos. Los gobiernos son conscientes de que las condiciones están madurando para una crisis social sin precedentes, por eso hacen sonar las bandas de música del militarismo y del nacionalismo, para impedir la solidaridad de

las clases explotadas y oprimidas.

Como los gobiernos son los promotores y beneficiarios de las guerras, para detenerlas, los gobiernos deben tener miedo a los movimientos populares, porque el único límite al capricho de cada gobierno es el miedo que los movimientos populares pueden infundirle. La oposición a la guerra forma parte de nuestro compromiso diario, a partir de la denuncia y el boicot de las producciones de muerte y de la crítica y deconstrucción de la retórica militarista, a partir de la educación y el lenguaje militarista a todos los niveles. Debemos oponernos a todas las guerras y a todos los ejércitos desplegando una estrategia interseccional que identifique y contrarreste las conexiones entre el militarismo y otras formas de opresión como el patriarcado, el racismo, el capitalismo y todo tipo de chauvinismo, a través de acciones colectivas y de relaciones personales.

Sólo la acción de las clases explotadas puede detener la guerra, boicoteando las producciones bélicas, negándose a construir, comerciar y transportar armas y todos los instrumentos de muerte, participando en los movimientos de oposición a las fábricas y bases militares, y promoviendo huelgas a nivel nacional e internacional contra la guerra y la economía de guerra. El movimiento anarquista participa en estas luchas, de diferentes maneras según las circunstancias, criticando las ideologías militaristas y nacionalistas, construyendo asociaciones de base y redes desde abajo, practicando la acción directa, apoyando todas las formas de rechazo, desertión y objeción a las masacres promovidas por el capitalismo y los estados.

Estamos más que nunca convencidos de la validez del principio anarquista de que los medios deben ser coherentes con los fines. No hay guerras buenas ni guerras justas, y en tiempos de creciente locura nacionalista y soberanista creemos que nunca debemos ponernos del lado de los gobiernos ni participar en guerras entre estados y bloques imperiales. Nunca se debe morir o matar por la soberanía territorial. Las guerras son todas criminales y los ejércitos (incluidos sus cuerpos auxiliares) son todos instrumentos de explotación, de patriarcado y de dominación estatal más o menos "legítima" sobre los territorios y sobre los cuerpos de lxs individu@s. No reconocemos ninguna de estas legitimidades territoriales y no estamos dispuest@s a luchar por ninguna de ellas.

La historia muestra que las guerras se libran tradicionalmente para obstaculizar la acción de las clases explotadas para su propia emancipación, por lo que es primordial para el anarquismo movilizarse ahora contra la guerra, fuera y contra todas las instituciones militares. Nuestra fuerza radica en primer lugar en la circulación de las ideas y en la defensa de los espacios de producción y circulación del pensamiento crítico, promoviendo la unificación de los movimientos pacifistas y anti-militaristas en una lucha común contra los gobiernos. La capacidad del movimiento anarquista de ser coherente en la lucha contra la guerra es la forma de activar las prácticas, la organización y los ideales libertarios entre las clases explotadas y oprimidas que son las primeras en sufrir las consecuencias de las guerras. Sobre esta base, será posible una nueva agenda para dar una solución diferente a la crisis, con miras a la construcción de una sociedad libertaria.

Federación Anarquista Italiana - FAI

[documento presentado en el XXXI Congreso (Empoli, junio de 2022) y ratificado en las siguientes semanas]

Lxs individuuxs deben ser lo primero

Algunos comentarios sobre el documento de la Federación Anarquista Italiana "Por un nuevo manifiesto anarquista contra la guerra"

Hay que admitir que todavía hay desacuerdo dentro de la Internacional de Federaciones Anarquistas (IAF-IFA) sobre la posición en la guerra de Ucrania. Esta contradicción ya fue abordada poco después del inicio de la invasión de Ucrania por parte de la Federación Anarquista Checa (AF) en la revista anarquista Existence. La línea entre los dos bandos se señaló en la cuestión crucial de apoyar la defensa contra la intención de Putin de ocupar y "desucranizar" Ucrania. Un bando, representado principalmente por la Federación Anarquista Italiana (FAI), rechaza el apoyo a la defensa. El otro, quizás representado de forma más destacada por la AF, presentó su posición más bien favorable a la defensa justo al comienzo de la invasión.

El Comité de Relaciones de la FAI, que se reunió los días 19 y 20 de marzo, debatió, entre otras cosas, asuntos relacionados con la guerra en curso en Ucrania. Aunque las federaciones miembros tienen opiniones diferentes en algunos puntos, acordaron seguir debatiendo. El debate dio lugar a posiciones comunes, que se resumieron en una declaración titulada "Contra la guerra, por la solidaridad mundial" (texto completo en checo al final del artículo). Posteriormente (a mediados de abril), la AF subrayó que la declaración era un compromiso, pero que no reflejaba plenamente sus posiciones. Sin embargo, el debate en el seno de la IAF-IFA no se recrudeció.

A principios de agosto, el documento presentado en junio en el XXXI. Congreso de la FAI en Empoli 2022 fue publicado y ratificado en las semanas siguientes. Se titula "Por un nuevo manifiesto anarquista contra la guerra" y se puede leer (dependiendo de tus habilidades lingüísticas con o sin traductor) en italiano, inglés, francés, portugués, español, ruso o checo.

En la introducción del documento se dice que las críticas a la posición de la FAI han sido cuidadosamente consideradas. Sin embargo, ninguno de los puntos de crítica –y que han sido muchos desde el movimiento anarquista internacional, especialmente desde Europa del Este y Central– aparecen en las líneas que siguen, ni hay ningún intento de refutarlos. En efecto, es sólo una reafirmación de la propia posición de la FAI. El reflejo de la crítica simplemente no existe.

El comienzo es revelador: "Nuestros pensamientos van en primer lugar a nuestrxs compañerxs que, hace más de un siglo, antes de la tragedia de la Primera Guerra Mundial, sintieron la necesidad..." Tal vez este sea el resumen de todo el problema: un punto central de incomprensión, un punto de partida completamente diferente. Mientras nuestros pensamientos se dirigen primero al pueblo trabajador de Ucrania, aplastado sangrientamente por la invasión imperial, y a nuestrxs compañerxs que resistieron esa agresión, nuestros amigxs y compañerxs italianxs se vuelven hacia el pasado. Tal vez porque lxs anarquistas de Europa del Este y Central tienen la experiencia histórica de la ocupación rusa, están más cerca de la gente viva en peligro que de las citas de sus predecesorxs. Pero incluso aquí hay quienes prefieren mirar al pasado en lugar de reflexionar que la primera prioridad para lxs anarquis-

tas debería ser la gente viva, la gente que está en peligro de perder las pocas libertades que tiene.



Otro punto de incomprensión es la insistencia de la FAI en la generalización. Pero ni el mundo ni la vida son tan simples. Tampoco todos los conflictos son idénticos. Si intentamos generalizar la guerra como un modelo inmutable, nunca podremos analizar los acontecimientos reales que nos rodean. En las garras de ese enfoque, el documento de la FAI afirma obviedades (con las que no se puede dejar de estar de acuerdo) que, cuando se confrontan con un contexto distinto al creado por la guerra generalizada, carecen repentinamente de sentido y son literalmente irrelevantes. Si dejamos atrás la imagen idealizada y uniforme de la guerra, se abre ante nosotros un vasto campo para pensar, escuchar, comparar, analizar y crear nuestra propia estrategia.

Otro falso punto de partida es aislar el anarquismo social del mundo real de lxs trabajadorxs y mantenerlo en una especie de reino platónico de puras ideas. El documento de la FAI dice: "No aceptamos el concepto de integridad territorial o de "defensa" territorial del Estado o de cualquier entidad que aspire a ser un Estado, porque estos principios, unidos al principio de soberanía territorial, acaban inevitablemente promoviendo perspectivas nacionalistas o micro-nacionalistas. Sea cual sea el significado de la palabra 'nación', implica una división entre explotadorxs y explotadxs, entre opresorxs y oprimidxs". De acuerdo. Pero en un campo de juego tan ideológicamente definido, es como si a lxs verdaderxs trabajadorxs se les prohibiera jugar. Se les dice que si luchan contra un imperio genocida, es por el Estado. Su culpa es no haberse levantado y creado un movimiento masivo anti-estatal. Pero la mayoría de lxs trabajadorxs no están familiarizadxs con la idea de una perspectiva no estatal. Lxs de Ucrania no luchan tanto por el Estado como por la preservación de las libertades políticas, que lxs

anarquistas de Italia disfrutaban tanto como lxs de la República Checa. Y sin estas libertades, difícilmente podrán librar en el futuro ninguna lucha social por sus derechos como trabajadorxs. Y lxs anarquistas difícilmente construirán algún movimiento en el territorio ocupado por el ejército invasor.

Estamos de acuerdo en la hipocresía de los estados occidentales. ¿Pero no es también hipócrita no echar una mano a nuestrxs compañerxs de lucha y esperar a ver cómo acaba todo? Lxs trabajadorxs de Ucrania no merecen sufrir porque lxs trabajadorxs de Rusia no derrocaron a un dictador. Y a un dictador atacante que está arrasando comunidades enteras no lo detendrán nuestros manifiestos antimilitaristas.

El documento de la FAI dice: "El primer compromiso de quienes se oponen a la guerra es construir y difundir prácticas de ayuda mutua, como las redes de solidaridad de base, para satisfacer las necesidades inmediatas de lxs individuoxs que más sufren los efectos del conflicto, ya sea la ayuda alimentaria o médica. También se necesitan redes de apoyo para quienes practican huelgas, sabotajes, deserciones, así como redes transnacionales para quienes se esconden o huyen de ambos lados del frente". Pero, ¿no es esto en realidad un pequeño parche en el proceso de entrada de lxs ocupantes, que dejan atrás casas destruidas, mujeres violadas, niñxs muertxs, civiles fusiladxs y prisionerxs torturadxs? ¿No sería más apropiado escuchar la voz de la mayoría de lxs anarquistas en Ucrania (y también en Rusia y Bielorrusia) que piden la derrota de Putin? Si les escuchamos, habrá más de un compromiso de este tipo, y quizás uno de los más difíciles será el apoyo de la posguerra al movimiento anarquista y a lxs trabajadorxs de Ucrania y Rusia en sus luchas sociales (nadie parece dudar de que el capital y el Estado querrán morder todo lo posible a costa de

lxs trabajadorxs, como ocurre en "nuestros" países).

"Para que cualquier lucha sea efectiva –con o sin armas– debe ser dirigida y organizada desde abajo, fuera de los aparatos de los estados, de los gobiernos y especialmente fuera de las fuerzas armadas". De nuevo, una afirmación con la que sólo se puede estar de acuerdo. Sin embargo, sólo es válida en el contexto de un movimiento organizado desde abajo que sea capaz de llevar a cabo dicha lucha. En el contexto de la guerra en Ucrania, esta declaración no es más que una bofetada. Nos gustaría que también funcionara así, pero la realidad aquí y ahora es diferente y tenemos que ser conscientes de ello, de lo contrario, como anarquistas somos completamente irrelevantes para toda la clase de lxs no privilegiadxs (no sólo en Ucrania).

El documento concluye: "La capacidad del movimiento anarquista de estar unido en la lucha contra la guerra es la forma de activar las prácticas, organizaciones e ideales libertarios entre las clases explotadas y oprimidas que son las primeras en sufrir los efectos de la guerra." Tal vez no tenga sentido tratar de lograr la unidad a cualquier precio. Es evidente que la experiencia histórica de la ocupación en los países de Europa Central y Oriental no es transferible y es difícil de entender en regiones que no han sido ocupadas o que incluso tienen su propio pasado imperial. Estoy convencido de que para que haya "una activación de las prácticas, organizaciones e ideales libertarios" en Ucrania (y en otros países afectados en el pasado y en el presente por los "intereses del poder ruso", incluida la propia Rusia), esto no será posible sin que lxs anarquistas se unan a la lucha contra el imperio. De lo contrario, nadie les escuchará.

Anarchistická Federácia - IFA



Anarquismo frente a los nacionalismos

“Amo demasiado a mi país para ser nacionalista”

(Albert Camus).

La crisis financiera de 2008 y la aún no terminada pandemia COVID-19 comenzada en 2020 están llevando la precariedad y el paro a niveles nunca vistos en el mundo occidental. Una regresión económica y social que, además de socavar el nivel de vida de la clase trabajadora y la clase media, también socava los cimientos del ‘Estado de Bienestar’. Ese modelo keynesiano de economía mixta que, con el señuelo de mejorar las condiciones de vida de la población y crear una potente clase media en todos los países, tan útil fue a los gobiernos –como fieles servidores del Capital– para domesticar a los pueblos después de la II Guerra Mundial.

Pues bien, el hecho es que, por una de esas ilógicas –aunque demasiado frecuentes– paradojas de la historia, la frustración por la baja en su nivel de vida –como consecuencia de las políticas de austeridad y recortes aplicadas por los gobiernos de derecha como por los que se prendían socialdemócratas– está llevando a amplios sectores de la clase trabajadora y la clase media a adherirse a las tesis nacionalistas –de mano dura con la inmigración y de oposición a la globalización – de la extrema derecha. Ese nuevo populismo nacionalista anti-elitista que tan buenas migas hace hoy con el autócrata que ha iniciado en Ucrania un enfrentamiento bélico que puede acabar en una apocalíptica guerra mundial nuclear.

¿Cómo no inquietarse pues por tan ilógica paradoja y no denunciar las ideologías nacionalistas que la hacen posible en estos momentos tan cruciales para el devenir de la humanidad? ¿Cuándo tan necesaria es la solidaridad global para evitar el riesgo existencial que la crisis climática, medio ambiental y sanitaria viral hacen correr a toda la especie humana!

Es por ello que me parece oportuno reproducir, a continuación, mi contribución al libro colectivo ‘Anarquismo frente a los nacionalismos’, editado por la editorial QUEIMADA en 2018.

Autodeterminación y anarquía: deseos y realidades

Introducción

Habiendo aceptado participar en el libro (colectivo), que un grupo de compañeros libertarios de diferentes sitios de España se proponía editar sobre “la situación actual del anarquismo y de despiste ante los nacionalismos”, me ha parecido pertinente comenzar mi contribución explicando por qué acepté y la he estructurado de manera a responder de forma global a las preguntas del cuestionario recibido.

Comienzo, pues, reconociendo –como lo hacen los compañeros de este grupo– la existencia de un extraño e ilógico “despiste” en los medios libertarios sobre la posición a adoptar hoy frente a los retos nacionalistas, y que tal “despiste” contribuye a fragilizar “la situación actual del anarquismo”. Y de ahí que considere –por muchas que sean las razones que lo expliquen y más allá de la frustración que lo genere y de la indignación que pueda suscitar– un error ignorarlo o subestimarlos, y una irresponsabilidad no combatirlo. No sólo por ser contradictorio –por principio– con lo que nos define sino también por sus nefastas consecuencias para la credibilidad del anarquismo y de su actuación en el mundo de hoy.

Ésta es, pues, la razón que me ha hecho aceptar la invitación a participar en el libro y considerar útil una reacción colectiva

frente a tan injustificado, aberrante e inadmisibles “despiste”. Además de la necesidad de encararlo –como lo decían hace poco unas compañeras en la red– con “valentía, honestidad y fraternal tolerancia” con la discrepancia; pero también con total franqueza y sin anteojeras ideológicas ni zigzagueos políticos. No sólo por ser tan retrógrada y desmovilizadora la realidad social y política hoy en España y en el mundo, sino también por enfrentarnos a un Sistema que se ha demostrado muy eficiente para mantener a las masas ilusionadas con “perspectivas” de “cambio” a través del voto y las instituciones. Esa perniciosa ilusión que, junto a una amnesia histórica conscientemente estimulada, ha permitido y permite aún al sistema capitalista consolidar y perpetuar –tanto a nivel local como mundial– su hegemonía económica y política.



Pues, nos guste o no, el hecho es que, pese a todas las euforias activistas de estas últimas décadas, las lecciones de los fracasos de la socialdemocracia y del comunismo soviético no se aplican a la realidad cotidiana. Y ello a pesar de ser conscientes del inmenso descarrío de esas propuestas, que despertaron tantas esperanzas tras la derrota del fascismo y la reactivación a mediados del siglo XX de un poderoso movimiento por la “autodeterminación de los pueblos”. Esa prometedora aspiración, que muy pronto se volvió una falacia al quedar bajo la tutela de las Grandes Potencias, y que no ha cesado de parir por el mundo grotescas caricaturas de naciones “independizadas” y sangrientas monstruosidades de Jefes

de Estado independientes”.

Lo más grave de esta trágica y desalentadora realidad histórica no es tanto la amnesia existente en torno a esos catastróficos y repetidos fracasos y descarríos, sino que se les busque justificantes y se persista en considerarlos aún alternativas válidas. Pues con ello se alienta la recaída en el oportunismo, la demagogia y el autoritarismo en el quehacer político de los pueblos, y se mantiene, en su imaginario social, el delirio ontológico del “votar es vivir” y la falaz quimera del “cambio” a través de las instituciones. Esos señuelos que, con el del acceso al consumo, funcionan hoy tan eficazmente para que los pueblos acepten resignados la sumisión al sistema de dominación y explotación vigente.

Una sumisión –camuflada detrás del “espíritu de competición” presentado por el capitalismo como principio motor y finalidad última de la convivencia humana– de más en más evidente y resignada, pese al paulatino desmontaje del “Estado de Bienestar” y sus trágicas consecuencias que están hoy a la vista para todos. Un desmontaje justificado cínicamente por la “sobrecarga” de prestaciones y un entorno adverso de disminución de ingresos; pero cuyo objetivo real es permitir a la nueva economía avanzar sin freno por el lado de la desregulación salvaje del marco laboral, con el fin de crear un modelo de organización que fuerza al trabajador a aceptar el trabajo mutante y deslocalizado, o a resignarse al empleo precario y con una protección social mínima, inadecuada y de más en más caótica, dada la drástica reducción de efectivos en los sistemas públicos de salud.

En tales condiciones, y aunque no aceptemos la idea del “fin de la historia” y con ella la del “fin de la esperanza”, que los devotos del capitalismo nos quisieron imponer, ¿cómo negar que hemos pasado de un mundo en el que era aún posible soñar con grandes utopías emancipadoras a uno en el que toda posibilidad de utopía queda circunscrita al espacio simbólico, político, cultural y económico del capitalismo? Y no sólo por la actitud agresiva, intransigente, conquistadora e inmoral del Capital y del Estado, sino también –debemos reconocerlo– por el conformismo de la clase trabajadora seducida por el “confort” del consumismo.

Imposible de negar tal realidad y de no ver a dónde nos está conduciendo; pues lo peor no es esa extraña paradoja de la renuncia de las clases populares a las utopías revolucionarias de antaño, a pesar de la creciente precarización de su vida cotidiana, sino el hecho –más inquietante aún– de dejarse seducir de nuevo por los populismos nacionalistas.

¿Cómo podríamos ser tan ciegos de no ver cómo el mundo de hoy se está convirtiendo, de nuevo, en un caldo de cultivo para el surgimiento y desarrollo de los “populismos” nacionalistas y que, con ellos, el fascismo vuelve a ser una peligrosa amenaza para los pueblos? ¿Cómo no verlo y no ver también sus causas? Y ello pese a ser tan evidente la responsabilidad de las élites gobernantes, no sólo las de la derecha sino también las de la izquierda, y tanto las viejas como las nuevas, pues todas se han sometido a los dictados de las finanzas y los mercados y han manifestado el mismo desprecio por sus pueblos, conduciéndolos a una situación de abandono y desesperanza tal que no es de extrañar sean de nuevo presas fáciles para nuevos mesías e ideologías excluyentes.

¿Cómo es posible no ver la gravedad de la situación y, con un mínimo de conciencia y dignidad, ser indiferente y justificar-

lo con el cínico “todo da igual” o “el nada tiene arreglo”? Sobre todo ahora, cuando la amenaza del fascismo vuelve a precisarse en media Europa, EEUU y otros países del mundo, recordándonos que no son tiempos para las medias tintas y aún menos para los discursos retóricos, que más que nunca es necesario tener bien presente la responsabilidad de quienes han alimentado el resurgir del fascismo, con sus políticas y movimientos induciendo al racismo, la xenofobia, la misoginia, la homofobia, el totalitarismo y la violencia, y no olvidar que lo han hecho para impedir que los pueblos luchen por sus legítimos derechos, para acabar con los privilegios de las élites y expandir, hacia todos los espacios de la sociedad, la democracia real, la autogestión y la igualdad.

La historia vuelve a desarrollarse peligrosamente ante nuestros ojos, convocándonos a afrontar decididamente el dilema que la mueve desde que la sociedad quedó dividida en clases: o ponemos fin al poder de los que mandan y nos explotan, para construir algo nuevo en clave de justicia social y libertad real, o serán ellos los que volverán a imponer movimientos xenófobos y racistas para continuar manteniendo los intereses y privilegios del Capital. El dilema sigue siendo pues: o socialismo con libertad o más barbarie.

Es por ello que, si queremos abordar seriamente “la situación actual del anarquismo y de despiste ante los nacionalismos”, me ha parecido necesario comenzar mi contribución insistiendo en ser conscientes de lo que la realidad es realmente, puesto que esa es la condición para poder enfrentarla y transformarla eficazmente. Y es también por ello que he considerado pertinente iniciar el análisis del fenómeno nacionalista indagando sobre los significados de los términos y conceptos al uso y abuso en el discurso que lo sostiene; pues es bien sabido que el caos semántico es una de las mayores dificultades para entender el discurso político.

Aproximación a los términos y conceptos

Como sabemos, todas las palabras tienen su propio significado; pero el hecho es que, más allá del que les atribuye literalmente el diccionario, las palabras pueden tener muchos significados y, en ciertas ocasiones, este significado puede ser entendido de diferentes maneras, ya sea por incorporar un componente subjetivo o una connotación que no recoge el diccionario. Y esto depende de la psicología o del posicionamiento político de cada persona o del grupo al que ésta pertenece. La intencionalidad y el contexto en el que se utilizan tienen mucho que ver en esta plurisignificación de las palabras, dado que el lenguaje es un medio de comunicación que matiza las palabras en función de los intereses y prejuicios subjetivos del que las emplea. Y de ahí la frecuente dificultad de saber lo que verdaderamente dicen los discursos políticos a través de palabras claves como identidad, pueblo, comunidad, clase, sociedad, nación, estado, patria, lengua, territorio, religión, república, ciudadano, sufragio, revolución, independencia, autonomía, soberanía, libertad, igualdad, etc.

De ahí que el lenguaje, a pesar de no ser ni de izquierda ni de derecha y de permitir desarrollar pensamientos y reflexiones distintas, también sea un instrumento del Poder para condicionar nuestra percepción del mundo a través de palabras y conceptos filosóficos o socio-políticos de corte netamente autoritario. No olvidemos, con Orwell, que el control del lenguaje es el patrimonio del Estado (democrático o totalitario) para tener acceso al logos del pueblo y así poder imponerle su mando.

Esa es, pues, la razón de que casi todas esas palabras mencionadas no expresen los mismos pensamientos ni provoquen las mismas reflexiones y reacciones según del lado del Poder —realmente existente— en el que se sitúan los que las pronuncian o las escriben.

Es de suponer, pues, que el caos político actual tenga que ver con esta descomposición del lenguaje y que, por ello, las palabras ya no tienen sentido alguno, al poder significar una cosa y su contraria. Así, por ejemplo, es obvio que la connotación social de los vocablos libertad e igualdad no es la misma para un patrón que para un trabajador, etc. etc. Como también es una obviedad el interés del Sistema en asegurarse la continuidad de esa perversa ambivalencia semántica.

¿Cómo no tomar en cuenta, pues, la perversidad moral de tal desvío semántico intencional? No sólo por haber vaciado las palabras de su sentido sino también por ser utilizadas —a diestro y siniestro— como simples eslóganes ideológicos desprovistos de toda referencia a la realidad. Y, ante tan nocivo descarrío, ¿cómo no esforzarse por restituir a las palabras su sentido exacto, a partir de su origen etimológico, y utilizarlas sólo para expresar tal sentido y no otro?

Una tal clarificación es, pues, necesaria y aún más si queremos abordar con objetividad el tema de la autodeterminación y la anarquía. Aunque sólo sea para los términos o conceptos que han tenido más actualidad y peso ideológico en los enfrentamientos políticos de estos últimos tiempos por estos lares...

Por ello, sin entrar en el análisis de las estructuras mentales profundas que incitan a los discursos políticos a legitimarse ideológicamente con el uso de tales palabras, procederé a una corta aproximación de los tres conceptos que me parecen más fundamentales para el objetivo de esta contribución. Aunque precisando que, tanto para estos conceptos como para todos los otros, el significado que ellos tendrán en este texto estará siempre en relación con mi percepción libertaria de la convivencia humana.

Las “identidades” nacionales

En concordancia con la apuesta de restituir a las palabras su sentido exacto a partir de la etimología de cada una de ellas, recordemos que el término identidad viene del latín *identitas* y este de *idem*, que indica lo mismo, y del sufijo abstracto “idad”, que indica cualidad. O sea que, desde el punto de vista etimológico, esta palabra nos habla de la o las mismas cualidades o características de una cosa o persona. Características o cualidades que la hacen ser única y, al mismo tiempo, diferente de las otras cosas o personas. Pero también puede indicar el reagrupamiento de varias de esas cosas o personas, bajo un mismo concepto o idea, cuando va acompañada de un adjetivo como, por ejemplo, en la expresión “identidad nacional”, que es de uso muy frecuentemente en el discurso político y particularmente en el discurso nacionalista e independentista.

Quedándonos, pues, en el terreno de la retórica nacionalista e independentista, el problema es que, más allá de la etimología y del carácter polisémico del término identidad, el concepto nación, como el de pueblo, evoca siempre la existencia de una comunidad homogénea de individuos y que, salvo para los nacionalistas, una tal homogeneidad es muy cuestionada y cuestionable. De ahí la necesidad de aproximarnos a esta cuestión, “identidad nacional”, con el máximo de rigor y de claridad, para destruir los tópicos y proponer un acercamiento, a la complejidad de las cosas y a los hechos, al margen de pre-

juicios. No sólo porque las palabras configuran la realidad y la sociedad se instituye primero en el imaginario, sino también porque los poderosos se sirven de ellas para manipular las mentes y arrodillarnos ante una identidad, absoluta e incuestionable.

Así pues, si con Agustín García Calvo nos resistimos a aceptar la pretensión de los nacionalismos de convertir el “pueblo indefinido e inmanejable en una idea (los pueblos) manejable y sumisa al Poder”, estamos obligados a reconocer que el término identidad induce —en todas las narrativas nacionalistas— a la afirmación de un “nosotros”, diferente de los “demás”, de carácter excluyente, que lleva a considerar las diferencias desde la supremacía y la superioridad. A partir sólo de consideraciones ideológicas, políticas o económicas y de relatos históricos que no se sustentan en la historia (de investigación) y sólo en mitos y leyendas. Unas “diferencias” que, aparte de la justificación simbólica, no toman para nada en cuenta las explicaciones biológicas y fisiológicas —del cuerpo humano— ni el conocimiento actual de la antropología para definir, de forma invariable, una identidad etnocultural estática y terminada para siempre. Que se quedan en la sobrevaloración o la desvaloración absoluta, pese a que no hay naturaleza biológica capaz de transmitir aptitudes y comportamientos que justifiquen tales diferencias identitarias.

Concretamente, que la afirmación de la identidad nacional es un principio “reaccionario” en relación al de universalismo, por basarse en un principio de diferencia y, a menudo, de exclusión, para todos aquellos que, desde el punto de vista del suelo o de la sangre, no forman parte de él. Y esto es así para todas las “identidades” nacionales que están en confrontación actualmente por el mundo generando egos patrióticos paranoicos y fanáticos...

Los Estados-Nación

En la retórica de los nacionalismos, la palabra “nación” le sigue en importancia a la de “identidad” y también su significado y uso ha variado con el paso del tiempo. Según el diccionario etimológico, “la palabra nación viene del latín «natio», derivado de «nasci» que significa «nacer». Y, a continuación, agrega que “primero se aplicaba al lugar de nacimiento y después a una comunidad de personas de la misma raza, lengua, instituciones y cultura que formaban un único pueblo y se consideraban remotamente emparentadas, de un origen o nacimiento común.” También se nos dice que Cicerón utilizaba este término para designar una “horda”, “tribu” o “poblado”, un “pueblo” o una “parte del pueblo”. Y, en tiempos más recientes, el término nación se vuelve —con la Revolución de 1789— una entidad política y jurídica “constituida por el conjunto de los individuos que componen el Estado”.

La noción moderna de nación emerge, pues, en el siglo XVIII y acaba significando —según los diccionarios que se consulten— más o menos esto: “una comunidad política establecida en un territorio definido y funcionando bajo la autoridad soberana de un Estado”. O sea que actualmente al hablar de Nación hablamos también de Estado, y de ahí que los dos términos sean hoy prácticamente inseparables. Al punto de que la expresión “Estado-Nación” se haya vuelto un concepto fundamental en el discurso político actual, particularmente en el nacionalista; pero también tan polisémico como el de identidad. Tanto por la multiplicidad de interpretaciones, sobre las funciones y potestades atribuidas al Estado, como por las muchas razones de su re-

chazo vividas en el curso de la historia, que nos obligan a no olvidar que este concepto –pese a sus múltiples matices– integra también la pretensión de convertir el “pueblo indefinido e inmanejable en una idea (los pueblos) manejable y sumisa al Poder”.

Así pues, una aproximación objetiva a este concepto obliga a reconocer que no sólo ha tenido un desarrollo histórico muy complejo, ambiguo y controvertido, sino que no se le puede desligar del desarrollo capitalista y de la formación del Estado burgués, al favorecer los procesos de acumulación del Capital que le permitieron a la burguesía instituirse como clase dominante.

Reconocer y no olvidar que el Estado-nación, además de contribuir decidida y conscientemente al auge del capitalismo, generó rápidamente instituciones fundamentales para el ejercicio del poder estatal y el desarrollo del poder económico “de clase”. Y, por consiguiente, que ha quedado definitivamente vinculado a las guerras de conquista colonial y a todas las que han seguido hasta el día de hoy. Además de haber provocado y seguir provocando la proliferación de fronteras, cada vez más crueles, y de banderas e himnos, casi todos xenófobos o racistas, que absolutizan la autoridad del Estado e impiden –por su carácter mistificador y bélico– que los pueblos puedan unirse fraternalmente al resto del mundo. Salvo simbólicamente –y no siempre– en los eventos deportivos, en las ferias comerciales y en las reuniones internacionales de Estados.

Los nacionalismos

He considerado necesario recordar todo lo anterior, sobre los conceptos de identidad y de Estado-nación, para facilitar la comprensión del papel desempeñado por los nacionalismos en el curso de la historia y también por estar ahora de nuevo en boga las llamadas “soluciones nacionales”. Tanto las que pretenden proteger los sentimientos identitarios como aquellas que pretenden preservar la unidad de la Nación. Y no sólo desde visiones nacionalistas excluyentes del otro sino también desde visiones nacionalistas inclusivas y, además, de izquierda e inclusive republicanas. Olvidando estas visiones en que la izquierda era internacionalista y que han habido y hay repúblicas de todos los colores políticos, desde las más o menos fascistas hasta las más o menos “democráticas”, aunque todas neoliberales en lo económico. Así pues, al hablar de los nacionalismos, ¿cómo no tomar en cuenta una realidad tan compleja y tan controvertida? Y más ahora, cuando las “cuestiones nacionales” y los nacionalismos vuelven a ocupar la centralidad política y constituyen la principal motivación del quehacer político de las mayorías. Una motivación que deja en segundo plano las preocupaciones sociales y medioambientales, pese a ser éstas cuestiones las que más problematizan nuestro porvenir y el de la humanidad entera. ¿Cómo no inquietarse, pues, por ello y no desvelar la realidad ideológica de los nacionalismos y de su praxis histórica?

Comencemos, pues, por recordar que los nacionalismos aparecen en la historia al constituirse las “naciones” como “Estados-nación”, al final del siglo XVIII, en base al principio de un Estado para cada pueblo. De ahí que los nacionalismos sean ideologías políticas cuyo objetivo es defender tal principio a partir de la idea de que una nación es una comunidad con un origen, religión, lengua e intereses comunes. No es de extrañar, pues, que los nacionalismos hayan estado y estén ligados a los intereses de la clase dominante en la comunidad e intere-

sada en constituir un Estado para consolidar y legitimar tal dominación. Y que, por ello, en los siglos XVIII y XIX, la burguesía era –en su lucha contra el legitimismo dinástico– nacionalista y los trabajadores eran internacionalistas al comenzar la revolución industrial y generalizarse la lucha de clases. Como tampoco es de sorprender que, a finales del siglo XIX y principios del XX, habiendo consolidado la burguesía su hegemonía en la totalidad de los Estados-nación constituidos, comenzaran a producirse graves conflictos entre naciones para dejar en segundo plano la lucha de clases en su seno. Por ello las guerras mundiales empezaron por disputas nacionalistas y la explotación del sentimiento patriótico para movilizar a los trabajadores de las naciones en disputa y hacerles enfrentarse y exterminarse por intereses que no eran los de su clase.

Sin entrar, pues, en las causas de la corrupción ideológico-conceptual del nacionalismo a lo largo de la historia, ¿cómo olvidar que ha servido siempre a los más contradictorios, irreductibles y antagónicos menesteres? Y, sobre todo, ¿cómo olvidarse de los monstruos engendrados por tal ideología política (en su versión burguesa o “proletaria”) y los horrores y barbaries que ellos produjeron en la primera mitad del siglo XX? Pues, a pesar del carácter contradictorio y complejo de la praxis histórica del nacionalismo, lo cierto es que se puede hallar dentro de ella un hilo conductor que explica tales contradicciones.

Ese hilo conductor es la conexión entre nacionalismo y burguesía, por una parte, y por otra, entre nacionalismo y patria. Tanto por estar conectado el nacionalismo con la evolución y el destino histórico de la propia burguesía como por estarlo también con el “patriotismo”. Esa emoción-sentimiento “nacional” que existió antes de que las naciones existieran y que es el resultado evolutivo de esa emoción-sentimiento ancestral de pertenencia al grupo, que los antropólogos llaman “emoción tribal” para indicar su antigüedad evolutiva. Una emoción-sentimiento que ha perdurado en la especie humana desde las épocas del totemismo y ha fomentado la cohesión social y la solidaridad grupal. Y de ahí que, como es el caso de todas las emociones profundas, se haya mantenido también –en el curso de la evolución social humana y en todas las culturas– por su utilidad social... pese a las mayor o menor desigualdad existente en la sociedad de clases impuesta por la burguesía. Pues esa y no otra es la explicación de la existencia del llamado “nacionalismo proletario”, presentado como un nacionalismo de clase; pero que, en verdad, es una nacionalismo del ocultamiento y de los mitos. No sólo porque en ningún caso ha sido capaz de hacer realidad la utopía humanitaria, igualitaria y libertaria de la Revolución francesa, frente a la realidad de la práctica social burguesa, llena de desigualdades y conflictos de clase, sino también por utilizar, como elemento aglutinador de un pueblo, los sentimientos telúricos que vinculan al hombre a la tierra donde nace y muere. Además de estar centrado en el control del Estado y en la unificación estatal de la cultura, lengua y símbolos patrios a través de una construcción mítica de la nación y la armonía entre clases, lo que permite ocultar los problemas reales de una sociedad cada vez más dividida y acosada por sus propios conflictos internos.

Ésta es, pues, la esencia de los nacionalismos que se desarrollaron a raíz de la Segunda Guerra Mundial y que ahora vuelven a prosperar para ocultar los problemas reales e impedir la búsqueda de las soluciones que la gravedad de los tiem-

tiempos que vivimos exigen con mayor urgencia cada vez.

El “derecho a decidir” y la “autodeterminación” hoy

Se repite muchas veces que el “derecho a decidir” es un eufemismo por no existir tal derecho ni en el plano jurídico nacional ni en el internacional. Sin embargo, desde la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, de 1789, la libertad es uno de los derechos inherentes a la persona humana, y, en consecuencia, también lo es el “derecho a decidir”, aunque no figure nominalmente en dicha Declaración. En cambio, el que sí tiene valor y vigencia jurídicas es el derecho de “libre determinación de los pueblos”, más conocido como “derecho de autodeterminación”. Y ello desde 26 de junio de 1946, cuando entró en vigor la Carta de las Naciones Unidas, que en su primer artículo reconoce el principio de “libre determinación de los pueblos”, junto al de la “igualdad de los derechos”, como base del orden internacional instaurado por las Grandes Potencias al terminar la Segunda Guerra Mundial.

Ahora bien, es obvio que, más allá de los aspectos jurídicos y formales y desde una perspectiva filosófico-política, el “derecho a decidir” sería el pleno ejercicio del principio de libertad reconocido en esas Declaraciones y en muchas Constituciones. Por lo menos desde el 10 de diciembre de 1948, por ser uno de los principios fundamentales de la Declaración universal de los derechos humanos, adoptada en esa fecha por la Asamblea General de las Naciones Unidas en París, en la que el principio de libertad figura en seis de sus treinta principios sociales, individuales, económicos, culturales y civiles, y cuyo primer artículo declara que “Todos los seres humanos nacen libres e iguales”.

Claro que una cosa es su literalidad y otra muy distinta su materialización cotidiana, puesto que la realidad política y social del mundo nos obliga a reconocer el carácter ficticio y puramente nominal de tal principio, al quedar reducido, desde entonces, el ejercicio de la libertad a dominios muy limitados y delimitados. Y no sólo en las naciones con regímenes más o menos dictatoriales sino también en aquellas con regímenes “democráticos” que pretenden respetar escrupulosamente el ejercicio de los derechos humanos. Y ello porque el ejercicio del derecho a la libertad ya queda restringido, en la propia Declaración, a los dominios “de circulación y residencia”, “de pensamiento, conciencia y religión”, “de opinión y de expresión” y “de reunión y asociación”.

Ante tal realidad, ¿cómo no ver el carácter puramente teórico y demagógico del principio de libertad afirmado en Declaraciones y Constituciones, y por consiguiente también del llamado “derecho a decidir”?

En cuanto a la realidad de la aplicación del “derecho de autodeterminación” es necesario concluir lo mismo. Para ello basta con ver lo que fue la praxis de este derecho en los tiempos de las primeras Independencias en el continente americano y a lo que quedó reducido después en la vida cotidiana de esas naciones. Pues ya en la propia Declaración de Independencia de los Estados Unidos de 1776 –en la que se proclama la igualdad natural de los hombres, el derecho a la soberanía y la autodeterminación de los pueblos y los individuos– se omitió la puesta en causa de la esclavitud, en vigor en ese país, al tener que ceder Jefferson ante los que estaban “determinados a guardar abierto un mercado donde los hombres pueden ser comprados o vendidos”. Esa ominosa forma de explotación que duró hasta 1885, cuando la victoria de la Unión permitió

extender a todo el territorio de los Estados Unidos la abolición de la esclavitud proclamada por Abraham Lincoln en 1863. Aunque eso no impidió que continuara la segregación racial en ese país.

Y si nos referimos a la praxis del derecho de “autodeterminación de los pueblos” desde que éste quedó inscrito en la Carta de las Naciones Unidas en 1946 y se convirtió en el leitmotiv del discurso de los movimientos que luchaban para poner fin al colonialismo en el mundo, nos vemos obligados también a reconocer la ficción de su validez. Pues éste se interpreta como el derecho de un “pueblo” a liberarse de la potencia colonial para “decidir sus propias formas de gobierno, perseguir su desarrollo económico, social y cultural, y estructurarse libremente, sin injerencias externas y de acuerdo con el principio de igualdad”. O sea, para constituirse en “Estadonación”; pero en ningún caso para que los ciudadanos de esos nuevos Estados “independizados” sean verdaderamente libres e independientes para decidir por sí mismos. No sólo por haberse constituido como Estados interclasistas, con una clase dominante y otra dominada, sino también por mantener vigente el sistema capitalista. Ello dio como resultado que el poder de decisión quedará en manos de la clase dominante (la vieja burguesía o una nueva que la reemplazaba) y la clase dominada (la población trabajadora) relegada a ser únicamente fuerza de trabajo y tan intensivamente explotada y dominada como antes. Con el agravante de que el Poder, en algunos de esos nuevos Estados, quedó en manos de verdaderos sátrapas y que, a final de cuentas, todas esas naciones quedaron bajo la tutela del nuevo colonialismo económico impuesto por el Capital globalizado.

Así pues, ¿cómo no diferenciar entre las palabras y la realidad de la praxis que éstas pueden esconder o esconden? Y ¿cómo no decir, con Rosa Luxemburgo, que el tan sonado “derecho de autodeterminación de las naciones” no es más que hueca fraseología pequeñoburguesa y una farsa? Pues, yendo al fondo de la cuestión, vemos efectivamente como, “en medio de la cruda realidad de la sociedad de clases y cuando los antagonismos se agudizan al máximo, el carácter utópico y pequeñoburgués de este eslogan nacionalista se convierte en un mero instrumento para el gobierno de la clase burguesa” y “la libertad nacional queda totalmente subordinada a la del dominio de clase” –como lo está demostrando la tartufesca pretensión del PDdeCAT de seguir liderando el procés y controlar el futuro Estado catalán–.

Hoy, como ayer, en todos los Estados-nación las cadenas son para los trabajadores y por eso los anarquistas seguimos priorizando la cuestión social a la nacional. Aunque eso no quiere decir que no aportemos nuestra solidaridad a cuantos se rebelan contra la opresión económica, religiosa, cultural, estatal, nacional o de género. Pero eso no nos impide ni nos impedirá advertir, como lo hacía Rocker, que “el aparato del Estado nacional y la idea abstracta de nación han crecido en el mismo tronco” y que oponer unos pueblos a otros sólo fortalece la opresión política y social de los Estados y el Capital.

Las alternativas emancipadoras

Dadas las actuales condiciones políticas, sociales y culturales de las sociedades humanas en las que el sistema de explotación y dominación capitalista es hoy en día hegemónico, resulta muy difícil ver perspectivas reales emancipadoras a través de las alternativas tradicionales a ese sistema. No sólo por

la propia capacidad del capitalismo para mantenerse, renovarse y perpetuarse, sino también por la injustificable incapacidad de las fuerzas políticas y movimientos sociales –que han pretendido combatirlo– de unirse para constituir un frente común y proponer una verdadera y realista alternativa anti-capitalista.

Es obvio que, para superar esa dificultad, debemos comenzar por asumir la importancia de esa incapacidad y la necesidad de denunciar sus causas, pues no sólo se podrá evidenciar así su papel confusionista y divisor, sino también evitar que ellas sigan impidiendo en el futuro esa unidad de acción anti-capitalista, tan primordial para abrir verdaderas perspectivas emancipadoras en el mundo actual. De ahí, pues, la necesidad y urgencia de hablar claramente para deslindar responsabilidades, comenzando los anarquistas por asumir las nuestras. Pues, aunque sólo sea por nuestra “insignificancia” numérica, está claro que debemos asumir la responsabilidad de no poder contribuir masivamente a esa unidad y a esa acción conjunta de todas las fuerzas que se reclaman del anti-capitalismo... Y, en consecuencia, la obligación de no erigirnos en donadores de lecciones.

No obstante, si nuestra responsabilidad es sólo por lo reducido de nuestras fuerzas, sí que podemos afirmar que la de los movimientos nacionalistas es, en cambio, mayor y mucho más grave. Y no sólo por movilizar masas enormes de ciudadanos sino también por su contribución –como ha quedado probado más arriba– en la expansión y fortalecimiento del capitalismo y en el mantenimiento de la sociedad de clases en todo el mundo. Como también lo es la de las ideologías reformistas o revolucionarias que pretendían crear un “mundo nuevo” a través de la conquista del Poder y tras instaurar la “social-democracia” o la “dictadura del proletariado”. Esos instrumentos

“transformadores” del socialismo de Estado que, además de no crear ningún “mundo nuevo”, contribuyeron a la extensión y consolidación del capitalismo –y no sólo por probarlo la experiencia histórica sino también por concluirlo una reflexión objetiva sobre las bases teóricas de tales propuestas– pues tanto la experiencia histórica como la reflexión teórica ponen en evidencia el carácter absolutamente utópico o falaz de pretender llegar a la libertad a través de la autoridad. Una evidencia, cada vez más obvia y reconocida hasta en el seno de los propios medios políticos y sociales marxistas, que les obliga a cuestionar el rol del Poder y a integrar, en su búsqueda de nuevas propuestas emancipadoras, la preocupación por la gravedad del deterioro medioambiental en el mundo.

Claro que esto no es suficiente aún para superar los antagonismos ideológicos que impidieron la posibilidad de llegar en el pasado a ese frente común de acción o que frustraron las tentativas intentadas. Pero sería una grave inconsciencia no reconocer esta coincidencia tan prometedora y las posibilidades de encuentro que ella abre: tanto para reflexionar en común con los anarquistas en las búsquedas de alternativas al capitalismo como para evitar el futuro ecocida al que éste nos lleva.

En todo caso, lo que sí está fuera de toda duda es la necesidad y urgencia de no persistir en las alternativas que han fracasado, y de hacer todo lo posible por encontrar nuevas a partir de las enseñanzas del pasado. Esas enseñanzas que han dejado bien probado el valor de la autonomía y la acción directa para combatir el Poder instituido y de la autogestión para organizar la gestión de la convivencia humana en base a los principios de libertad, igualdad y solidaridad.

Octavio Alberola

Lura Banaketak

**Gurekin kontaktatu nahi baduzu idatzi helbide honetara:
Si quieres contactar con nosotros escribe a esta dirección:**

Lura-Banaketak@riseup.net

Fondo de apoyo a anarquistas y antifascistas de Bielorrusia

Han pasado casi dos años desde las protestas de 2020 en Bielorrusia. El movimiento anarquista, al igual que el resto de activistas y periodistas, se ha enfrentado a la mayor represión de la historia. Muchos activistas tuvieron que abandonar el país, otros quedaron entre rejas. ABC-Belarus continúa su actividad y necesita más apoyo que nunca. En este momento hay unos 30 anarquistas y antifascistas encarcelados en Bielorrusia y el número sigue creciendo.



Estamos en medio de un gran juicio, con 10 acusados, que probablemente durará todo el verano. Lee más sobre el caso en <https://abc-belarus.org/?p=13936&lang=en>. Cada semana sólo este caso nos cuesta 3.000 euros. Sin tu ayuda no podremos dar apoyo en este juicio durante mucho tiempo, lo que significa que los activistas perderán su oportunidad de obtener asistencia jurídica. Otros compañeros necesitan visitas de abogados, paquetes de comida, llamamientos –todo esto requiere más dinero del que somos capaces de reunir–.

¡Cualquier donación es más que bienvenida! Por favor, comparte este llamamiento con tus compañeros y grupos, organiza eventos para recaudar fondos para nosotros y difunde la información sobre los anarquistas bielorrusos encarcelados.

Web de donación (<https://www.firefund.net/abcbelarus>)

En el momento de la publicación de este llamamiento, más de 2.000 presos del levantamiento de 2020 se encuentran en las cárceles del régimen de Lukashenko. Entre ellos hay, al menos, 30 anarquistas y antifascistas que han sido sometidos a la represión política, la tortura y el encarcelamiento a causa

de su activismo político. Muchos compañeros se vieron obligados a abandonar Bielorrusia para evitar las duras penas de prisión y la violencia del régimen.

Dos años después del inicio de las protestas, los juicios políticos continúan. Hace un mes, cuatro anarquistas fueron condenados a penas de prisión de 4,5 a 5 años en el "caso Pramen"[1]. Hace unas semanas comenzó el juicio en el caso de la llamada "organización criminal internacional de anarquistas", que es un producto de la imaginación de la policía política. En realidad, el caso fue cocinado con el único propósito de destruir el movimiento anarquista. Hay 10 personas en el banquillo, y el juicio se celebra a puerta cerrada.

Varias personas más están a la espera de juicio, entre ellas Kristina Cherenkova, Anna Pyshnik y Oleg Avdeyenko.

A lo largo del año pasado, ABC-Belarus ha gastado decenas de miles de euros en abogados, paquetes penitenciarios y asistencia a las familias de los presos. Todo este apoyo fue posible principalmente gracias a la solidaridad internacional: recibimos todas las donaciones de nuestros compañeros.

La guerra en Ucrania afectó a la cantidad de apoyo a los presos bielorrusos. En el ámbito internacional, se ha convertido en una prioridad el apoyo a los que luchan contra el régimen de Putin. Y creemos que esto es lo correcto. Pero la resistencia contra el régimen de Putin y Lukashenko continúa, incluso en las cárceles de Bielorrusia. Creemos que no se debe abandonar a los presos, ni siquiera en momentos tan difíciles.

Nuestros fondos se están agotando y nos vemos obligados, una vez más, a iniciar una campaña de crowdfunding. Sólo con tu apoyo podremos seguir ayudando a nuestros compañeros.

Tu dinero se utilizará para lo siguiente:

- Pagar a los abogados (en este momento gastamos unos 3.000 euros a la semana sólo en el caso de la organización criminal anarquista internacional)
- Pagar paquetes a los presos. La comida en las cárceles es muy mala y, sin paquetes de comida del exterior, los reprimidos no pueden comer bien.

Éste es el mínimo que se cubrirá si el crowdfunding tiene éxito. Sin embargo, si se recauda más dinero, podremos ayudar a las familias de los compañeros encarcelados y cubrir los gastos adicionales de apoyo a los presos en la cárcel.

Hasta que todxs sean libres.

Cruz Negra Anarquista de Bielorrusia.

<https://www.firefund.net/abcbelarus>

1: Colectivo anarquista de Bielorrusia, reconocido por las autoridades bielorrusas como formación extremista. El sitio web del colectivo es pramen.io



Praxis prefigurativa anarquista queer

Hace ya unas décadas que se habla de abandonar el concepto cataclísmico de revolución, que la interpreta como un momento breve de insurrección general que, de una manera no muy clara, no sólo destruye el poder (político y económico, supuestamente) sino que, además, instituye un orden nuevo sin jerarquías. Este concepto de revolución, lamentablemente, es heredero de revoluciones fallidas, desde la comuna de París hasta la revolución rusa. El concepto por el que se ha reemplazado es el de revolución pensada como un proceso extendido en el tiempo, de progresiva construcción de espacios, instancias y dinámicas (en una palabra, instituciones) que estén en condiciones de operar de otra manera, de modos anarquistas y comunistas y que, además, puedan ampliar progresivamente sus ámbitos de operación, con el fin de alcanzar la mayor cantidad de individuos. Esta noción de revolución puede llamarse, para utilizar el término de los anarco-pacifistas alemanes de los 70, una revolución desde las raíces del césped (Graswurzelrevolution; grassroots revolution en inglés) o, simplemente, una revolución de base.

El concepto central de una revolución de base es el de política prefigurativa[1]. Dicho de manera breve, con esto se quiere decir que la praxis anarquista debe todo el tiempo prefigurar la sociedad en la que queremos vivir en cada espacio y en cada instante. No debemos pensar en dos momentos que son ontológicamente distintos, el momento pre-revolucionario y el post-revolucionario, como dos que no tienen nada que ver uno con el otro. Debemos, de hecho, siempre hacer todo lo posible para que las dinámicas con las que operamos ahora reflejen lo que queremos para el futuro. La propuesta de las políticas prefigurativas contrasta con la idea, propia de teorías como la marxista-leninista, de que antes de haber llegado al “resultado final” son tolerables toda una serie de dinámicas que son precisamente opuestas a ese resultado: por ejemplo, cuando lxs bolcheviques justificaron, como modo de lograr el comunismo, una economía basada en mercado y producción de mercancías, y un Estado hiper-jerárquico. De este modo, la política prefigurativa se resume con esta frase de Murray Bookchin: “No puede haber separación entre el proceso revolucionario y el objetivo revolucionario”[2].

Pese a la renovación de nuestro concepto de revolución, se habla poco de cómo repercute éste dentro de la praxis del anarco-feminismo, específicamente en su versión más sofisticada y actual, el anarco-feminismo queer, o, simplemente, anarquismo queer[3]. El anarquismo queer, como se sabe, no es una rama separada del comunismo libertario, sino que simplemente enfatiza que la lucha contra el capitalismo y el Estado también debe incluir una lucha contra el patriarcado. El patriarcado, por cierto, entendido en su sentido más amplio como cualquier intento de imponer patrones o estilos de vida a lxs sujetxs a través de coacción (física, psicológica, institucional, social, etc.). La lucha contra el patriarcado se traduce en la lucha por la abolición de sus categorías fundamentales que son, precisamente, las que permiten que exista la opresión: sexo/género, orientación sexual, norma relacional (o norma gámica), etc. ¿Cómo operar prefigurativamente respecto de la lucha anti-patriarcal en particular? Hay dos modelos bastante populares en la praxis “feminista” que, precisamente, no proce-

den prefigurativamente: el liberal y el del autodenominado “feminismo radical”. Revisemos brevemente estas dos posiciones para luego indicar la nuestra.



Una tendencia que avanza en la dirección contraria de la abolición del género y de la orientación sexual, consiste en las políticas asimilacionistas que son promovidas, incluso, por un porcentaje importante del activismo feminista y LGBTIQ+. Desde esta perspectiva, lo que habría que hacer radicaría en integrar a los grupos marginados y explotados históricamente, con el fin de dignificar su existencia y eliminar su posición de oprimidos dentro de la sociedad. Lamentablemente, el promover estas políticas ha tendido/significado, más bien, una ampliación y complejización del patriarcado, más que su eliminación. La política que intenta integrar, al momento de hacerlo, margina. Cuando, a partir de las políticas de ciertos colectivos, ser gay o lesbiana se convirtió en una cosa, dentro de todo, aceptada en países desarrollados occidentales (cuando gays y lesbianas pudieron tener programas de televisión, protagonizar películas, etc.), lo que ocurrió realmente fue que se construyeron estándares nuevos que ahora gays y lesbianas debían seguir. Antes ser gay era motivo de exclusión, por el mero hecho de serlo. Ahora, ser gay es aceptable siempre y cuando seas un hombre blanco, de clase media alta, en forma, que viste bien; excluyendo otras “formas de ser gay”, que ahora han resultado más aisladas, porque los integrados ahora ya no forman parte de los oprimidos. Lo mismo ha pasado con la situación de lxs individuos trans. En la última década, de la mano de medios de comunicación masivos y grandes productoras audiovisuales y, por supuesto, como efecto del bienintencionado activismo LGBTIQ+, se ha aseverado que la gente trans debe participar de la sociedad, ser integradxs, protagonizar películas, tener sus programas de televisión, etc. Mas, nuevamente, esto ha generado nuevos estándares para la gente trans: las personas trans tienen que seguir aguantando que se les pregunte sin vergüenza alguna si se han operado o si están en tratamientos hormonales. Por otra parte, la inclusión de personas trans que han logrado el cispassing (es decir, básicamente, que personas en la calle no “se darán cuenta que es trans”), ha hecho que quienes no tienen ambición de lograr tal cosa (o no pueden) se vean como sujetxs marginales y reprobables, al no ser “como lxs individuos trans deberían ser”. Estas marginaciones, obsérvese, son resultado de la existencia de los estándares y

no de que éstos sean demasiado estrechos. Cada intento progresivo con el que se estira el estándar del género o de la orientación sexual, tiene como resultado mayor marginación. La proliferación y reconocimiento, incluso, de “nuevos géneros” (no binario, agénero, género fluido, etc.) sigue razonando dentro de la misma lógica. Algo que podía ser tan negador del género, precisamente por su carácter vacío, como el no-binarismo, hoy en día ha sido asimilado como un género nuevo, que ha hecho posible que lxs individu@s no-binarixs tengan que seguir escuchando epítetos como “no pareces no-binarix” o “¿por qué eres no binarix pero usas pronombres masculinos/femeninos y no neutros?”, etc.

Por otra parte, la “praxis política”, para ser generosos con el auto-denominado feminismo radical, se ha perfilado en la práctica como una serie de propuestas que buscan construir espacios separatistas (sólo de mujeres), mientras que se dedican a hostigar a individu@s trans (sobre todo mujeres trans)[4]. Hay mucha tela que cortar sobre este tema, así que me limitaré a hacer sólo un par de observaciones. Cuando la feminista “radical” se burla de una mujer trans llamándole “hombre con vestido” o “macho disfrazado”, lo que realmente está haciendo es criticar algo que, realmente, si el género estuviera abolido, sería totalmente aceptable (a saber, que quien quiera, pueda, de hecho, usar vestido). Las feministas radicales que, supuestamente, aspiran a abolir el género, manifiestan resistencias cuando ven a unx individu@s del/a cual se espera que se comporte masculinamente, hacerlo de otra manera, exhibiendo el carácter para nada prefigurativo de su proceder. Por otra parte, bajo la forma de una “crítica a la feminidad”, el feminismo radical ha contrabandeado el patriarcado al establecer modos legítimos de ejercer el “ser mujer” y modos ilegítimos, pese a que, nuevamente, en un mundo con género abolido, cualquier individu@s podría usar maquillaje, falda, vestido, pantalón, tacones o esmalte de uñas si quisiese. Detrás del discurso “abolicionista” lo que hay detrás es meramente un paternalismo patriarcal de carácter totalitario. Sin mencionar, que cuando las feministas radicales presentan su “idea” de renegar de la feminidad, blanquean lo masculino como lo “carente de género”, que es lo que motiva que esas feministas usen ropas y cortes de cabello asociados, en el fondo, a la masculinidad. Habiendo tantas combinaciones posibles que escapen de los estándares tanto masculinos como femeninos, de todas maneras se inclinan por lo masculino.

La praxis prefigurativa anarquista queer realmente no es difícil de imaginar, pero es fundamental aplicarla dentro de todos los espacios y dinámicas, anarquistas o no, si es que queremos avanzar en la dirección de un cambio de mentalidad. Parte de cambiar las dinámicas sociales patriarcales implica mostrar que, de hecho, hay otra manera de hacer las cosas. Y aquí aparecen disposiciones que cada activista debe tener respecto de sí mismx, como para con el resto de individu@s. Si nuestra intención es abolir el género, la orientación sexual y la norma relacional, lo que es básico radica en no cuestionar las presentaciones en público de nuestrxs compañerxs, se vistan como se vistan, hablen como hablen, estén con quién estén (o con cuantos quieran estar). Podrá sonar una minucia, pero las personas trans saben bien cómo el interés en respetar su decisión de vida con cosas pequeñas, por ejemplo, preguntando sus pronombres en lugar de suponerlos, puede hacer una gran diferencia. El no presuponer que la otra persona es heterose-

xual y, en todo caso, no sorprenderse porque no lo sea, también es algo a tener en cuenta. De hecho, debemos ya aceptar que el hecho de que un/a individu@s esté con otrx individu@s del género opuesto no significa que sea heterosexual, ni tampoco lo contrario. Es fundamental evitar toda forma de etiqueta; no suponer que nuestrx compañerxs encarna una categoría pre-existente, sino que ellx mismx es su propia categoría. El trabajo personal que tenemos que hacer en nuestro entorno consiste en la radical aceptación de los estilos de vida, y poder transmitir que somos espacios seguros para lxs compañerxs de las distintas disidencias. Por cierto, y esto no debe pasarse por alto, las disidencias tampoco deben universalizar su experiencia a otras disidencias, porque eso es una puerta abierta a construir nuevas normas, aunque sean normas de disidencias. Naturalmente estas prescripciones pueden ser virtualmente infinitas, por lo que, realmente, lo mejor que puede hacerse es que, cuando se constituya un espacio, esto se tematice, de modo de que cada participante pueda tener una noción sobre cuáles son los modos no patriarcales de proceder y cada quien pueda expresar su punto de vista con cómo esto debe llevarse a cabo de mejor manera. De este modo estamos constituyendo espacios que son seguros para todxs lxs individu@s y que prefiguran un mundo sin patriarcado.

Respecto de las prácticas más particulares, y esto, naturalmente, está vinculado con los tiempos de cada individu@s: si se constituyen espacios libres de opresión patriarcal, es una oportunidad para experimentar, para desplazar nuestros propios límites. Las dinámicas patriarcales se despliegan de dos formas: no sólo se transmiten estándares, sino que además se impone permanentemente que los estilos de vida operen bajo normas fijas, claras, evitando siempre la ambigüedad, la exploración, la resignificación constante, etc. Es razonable pensar que mucho del modo en que somos responde a que nos han criado en esta dinámica prescriptiva y normalizadora. La invitación, y como toda invitación puede o no ser correspondida, es a explorar y explorarse. Explorar lo que está fuera de los límites del género, de la orientación sexual, de la monogamia obligatoria, del placer, de los modos de expresión, de vestir, de sentir, etc.

Lo que se ha dicho es breve. Realmente la única idea que debe quedar es que, cuando hagamos política prefigurativa, es decir, cuando hagamos espacios horizontales, democráticos y asamblearios, basados en la solidaridad, donde circule el apoyo mutuo y las dinámicas del regalo, no debe faltar la praxis prefigurativa anarco-queer: no debe faltar la radical aceptación de los estilos de vida y la determinación de no hacer circular nuevas categorías o clasificaciones ahí donde sólo queremos vivir como más nos acomoda individualmente.

Madelyyna Zicqua

Notas

[1] Véase, por ejemplo, el texto de Jeff Shantz, “Futuros anarquistas en el presente”, disponible en este portal.

[2] Murray Bookchin, “Las formas de la libertad”.

[3] En caso de que se quiera saber más sobre el anarquismo queer, existe toda una obra en inglés dedicada al respecto, titulada *Queering Anarchism*. También puede verse mi trabajo “Lucha trans y anarquismo queer”, disponible en este portal.

[4] Se presume una crítica al feminismo radical en el texto de Tía Akwa, “Anarcofeminismo y separatismo”, disponible en este portal.

Hacia la implantación del decrecimiento en nuestra sociedad

Pero los sacrificios que tuvieron que hacer las comunas en las luchas por la libertad eran, sin embargo, muy duros, y la lucha sostenida por las comunas introdujo fuentes profundas de disensiones en su vida interior misma. Muy pocas ciudades consiguieron, gracias al concurso de circunstancias favorables, alcanzar la libertad inmediatamente y, en la mayoría de los casos, la perdieron con la misma facilidad. La enorme mayoría de las ciudades hubo de luchar durante cincuenta y cien años, y a veces más, para alcanzar el primer reconocimiento de sus derechos a una vida libre, y otro siglo más antes de que consiguieran afirmar su libertad sobre una base sólida; las Cartas del siglo XII fueron solamente los primeros pasos hacia la libertad. En realidad, la ciudad medieval era un oasis fortificado en un país hundido en la sumisión feudal, y tuvo que afirmar con la fuerza de las armas su derecho a la vida.

Piotr Kropotkin. El apoyo mutuo. Un factor de la evolución. p. 105

El controvertido economista Santiago Niño Becerra dijo el otro día en una entrevista de la SER que este año tendríamos el último verano. Su afirmación fue la noticia más visitada del sitio, alcanzando más de 3 millones de visitas. Esto es bastante significativo de lo que intuye una parte importante de la sociedad, que es el fin de una era de crecimiento —o, mejor dicho, de recuperación económica después de la crisis de 2008— que comportará un cambio de vida como nunca antes se nos había planteado. Este cambio tiene que ver con el decrecimiento.

Ahora bien, estando el planeta como está, y ahora padecemos la ola de calor de mediados de junio, es evidente que nuestro estilo de vida acabará con el mundo. No son sólo los ricos, ese 1% que malgasta los recursos a manos llenas, que también. Es el estilo de vida de lo que se conoce como la “clase media”, que creció a hombros del crédito sin límites al consumismo, que creció aquí ante la deslocalización industrial a Asia y la terciarización de la economía, que fue potenciada con la intención de hacer superfluas las ideologías del siglo XX y casi lo consiguió. En definitiva, hemos llegado a un punto de no retorno en ciertos cambios estructurales del clima y de los ecosistemas.

Por tanto, es incluso positivo constatar que nos estamos quedando sin gasolina. O, para ser preciso, sin diésel, sin queroseno, ya que se nos agota el petróleo, el gas, el uranio y, detrás de ellos, también el carbón, el litio, el cobre, el agua dulce y hasta la arena. Nuestra sociedad avanzada ha sido capaz de construir ciudades futuristas en pleno desierto, pero no será capaz de mantenerlas para siempre. Simplemente, en un planeta finito no puede haber un crecimiento infinito. Nada que no sepamos ya.

La guerra de Ucrania ha supuesto un gran golpe económico contra Occidente. Las sanciones han puesto de espaldas al gigante ruso y se han vuelto contra los intereses mismos occidentales. Este fallo de cálculo nos golpea de lleno ya con las altas facturas energéticas. Hasta tendremos problemas de suministros en breve y, quizás, más pronto de lo que pensamos.

Ante todos estos problemas, que se van superponiendo unos con otros, que van confluyendo retroalimentándose (por ejemplo, el cierre de los puertos chinos por causa del repunte de la Covid-19 o porque la sequía hará que los embalses produzcan

una fracción de la energía habitual), pilotar el descenso energético es altamente complejo. Puede que no consigas los materiales que necesitas hoy para implementar algunas políticas esenciales para hacer la transición a un escenario post-petróleo-abundante.



Este cambio de modelo implica liquidar el turismo. Es probable que el mismo coste de los vuelos low-cost o la desaparición de algunas aerolíneas lo haga inviable. Con la caída del turismo, el país recibirá el palo económico más grande de su historia y nos veremos abocados a cambios estructurales de gran calibre. Y esto, además, vendrá acompañado de una crisis industrial sin precedentes, dada la dificultad de acceso a los suministros, o dada la previsible caída de las ventas de automóviles (que, como sabemos, es la parte más simbólica de la industria). Y, si echamos una ojeada al sector primario, las cosas tampoco van a ir bien, dada su dependencia del diésel para la maquinaria y el transporte. Vuelvo a preguntarme qué gobierno del mundo puede pilotar esto.

Como medidas de emergencia rápidas, cualquier vistazo a cómo está funcionando la sociedad nos podría situar ante decisiones como implantar nuevos marcos legales ecológicos mucho más estrictos. Uno de los aspectos clave será el transporte, hoy dependiente del diésel, cada día más caro. Es obvio que esto traerá huelgas de transportistas, incapaces de seguir asumiendo costes. Lo que puede ocurrir, también, es una transición desde un modelo de transporte privado al colectivo, asu-

miéndose desde redes o cooperativas de consumo, o incluso desde el sector público. Pero para fomentarlo tal vez sea necesario hacer que el mismo transporte público urbano sea mucho más asequible y que las empresas se encarguen por ley de asumir los costos de transporte de sus plantillas. La movilidad de lxs individu@s se puede reducir aún más implantando definitivamente el teletrabajo o reduciendo la semana laboral a 4 días o, incluso, la propia jornada laboral o prohibir las horas extra por ley. Incluso la relocalización industrial de empresas que producen bienes esenciales y estratégicos sería aportar para esta transición. Es obvio que se necesita un sector I+D muy desarrollado y enfocado a encontrar nuevas formas de hacer frente a estos retos. Las mejores cabezas pensantes del país tienen que concentrarse en las soluciones, antes que en "hacer dinero".

Que sobre tanta gente en el mercado laboral puede sonar a muy mala noticia. Evidentemente, si se le sigue negando la realidad y no se habla claro, habrá serios problemas sociales y mucha rabia que puede explotar en oleadas de insatisfacción como hemos visto en otras ocasiones. Entiendo que el Estado puede ampliar la cobertura del desempleo o implantar una renta básica de emergencia. Sin embargo, lo deseable no es vivir de subsidios sino tener algo que hacer, una función en la sociedad. Así que se necesita fomentar otro tipo de empleos útiles socialmente más relacionados con la comunidad y lo local que con el gran mercado. El sector público puede ampliarse también asumiendo funciones que antes hacía la empresa privada, municipalizando o nacionalizando sectores estratégicos enteros.

Hasta aquí hablo de lo que podría hacer un gobierno fuerte y determinado. Sin embargo, pongo en duda que existan estos unicornios. Esto lo podría hacer un gobierno que hoy en día calificaríamos, sin dudarlo, de autocrático y populista. Dada la correlación de fuerzas en Europa, es altamente improbable que esto ocurra. Desde la derecha porque esto va contra sus convicciones más profundas, arraigadas desde el principio de su existencia, y desde la izquierda porque se centra en mantener el estado del bienestar y, si fueran bien las cosas, volver a la situación de comienzos de siglo y, con ello, al consumismo de masas, cosa que veo muy poco realista – y ni siquiera deseable–.

A todas luces se requiere una planificación económica del

descenso de la energía. Nada que ver con el libre mercado, sino más bien con una participación más importante del sector público –a ser posible bajo control democrático y comunitario, con una ampliación de la economía social y solidaria, de las economías comunitarias y con la participación democrática de los sindicatos en ciertos aspectos importantes de la economía– por supuesto, de los sindicatos que apuesten por una economía al servicio de la sociedad. Es un nuevo pacto social, alejado de los habituales tejemanejes entre gobierno, patronal y "sindicatos" a los que nos tienen acostumbrados.

Se dé la transición de la forma que se dé, la resistencia a cualquier receta transformadora está garantizada. Veremos el ecofascismo en pleno apogeo. Se trata de una gran exclusión de una parte significativa de la población de los bienes y servicios que garantiza hoy en día una sociedad avanzada. Esto es meter la pobreza en millones de hogares. Y con la pobreza, crear una jerarquía de clases mucho más clara. Ante el descontento y la inseguridad, su propuesta será militarizar el espacio público. Y, dado lo que hemos visto en estos años, envenenar la convivencia mediante las redes sociales, difundiendo constantemente discursos de odio. Nos quieren devolver a una distopía feudal. Incluso un gobierno socialdemócrata nos puede meter en este escenario, no lo olvidemos.

Es decir, que tanto la transición como la confrontación a ese ecofascismo van a ser cosa de los movimientos sociales y de sus confluencias. La calle debe dirigir el proceso. Las comunidades deben florecer por todas partes. Si algunas instituciones deciden apoyar los procesos populares, deben tenerse las cosas claras y blindar los espacios de decisión, que deben quedar bajo el control de la comunidad en todo momento, entendiendo que hoy te ayudan y que el año que viene es posible que te ataquen sin piedad porque haya cambiado la correlación de fuerzas dentro de la institución.

Nos metemos en una época de luchas a largo plazo. Desde los proyectos concretos (comunales, comunitarios, ESS – Economía Social y Solidaria– o populares). Desde los movimientos confluyentes (ecologismo, feminismo, sindicalismo o movimiento vecinal). Construyendo un pueblo resiliente. Es ahora cuando podéis releer la cita que encabeza este artículo y asumir que nada será gratis, que todo es producto de la lucha. Y sólo así podremos salir adelante.

@Blackspartak



Tontos

La corrupción no nace cuando la autoridad se corrompe. La corrupción nace con el surgimiento de la autoridad, con su propio poder cotidiano.

A veces pasa. Se corre el velo y sale a la luz lo que realmente se piensa. A despecho de todas esas zarandajas con las que nos engalanan tanto; «somos servidores públicos», «el pueblo es soberano», «estamos a su servicio»; viene un tipo rico, insulta y se queda tan ancho tomándonos por idiotas a todos. Así, de memoria, recuerdo a la ministra de Aznar, Ana de Palacio, diciéndonos en relación con la invasión militar amerikkkana de Irak y en respuesta a la amplia oposición popular a la misma, que «la gasolina nos saldría más barata» (¡qué nos importaba a nosotros la gasolina! La gasolina le importaba a quien no le importaba la sangre). O a Rodrigo Rato diciendo aquello de «es el mercado, amigo» o a Ana Botella vendiendo a fondos buitres viviendas de protección oficial por un precio irrisorio que después se multiplicaba por cuatro si querías seguir viviendo en él o te decían que tenías que pagar ... el bloque entero con el argumento de que «tan sólo cambia la titularidad de la vivienda. El precio del alquiler seguirá siendo el mismo» (toma relaxing cup café con leche in plaza mayor).

Viene esto a colación por el presidente de Iberdrola que llamó tontos a los abonados cuya factura de la luz no se regía por el mercado libre. Sí, somos tontos. Tontos por seguir pagando a Iberdrola -total, si me cambio, ¿qué cosa diferente me voy a encontrar? Me toparé con gente quizá más discreta pero no menos codiciosa. Tontos por hacer millonarios a los herederos de los que hicieron fortuna con el trabajo esclavo franquista en la construcción de pantanos. Tontos porque el viento, el sol y el agua y si me apuran, el gas y el petróleo no son de nadie pero están expropiados, privatizados, esquilados y extraídos por gente que no tiene el derecho, la razón ni ningún argumento lógico en los que sustentarse para ser sus dueños.

Tontos porque permitimos que una caterva de engreídos, soberbios, mentirosos, macarras y chulos nos sigan mangoneando y manipulando día a día. Tontos porque la gente pierde el culo por un partido de fútbol o un reality show o un programa del corazón mientras que sus vacías vidas están cada vez más controladas, programadas y diseñadas -eso sí, con un toque Calatrava- para seguir sirviendo de justificación a los listos. Tontos por creer en sus montajes mediáticos, policiales y judiciales



y llamar terroristas a los que combaten su terrorismo. Tontos por mantener las prebendas, los privilegios y las sinecuras de los listos. Tontos por no salir todos los días a la calle a increpar a sus esbirros que también nos consideran como tontos y como materia apaleable. Tontos por aguantar una monarquía y sus dimes y diretes. Tontos por no liberarnos de una vez de este puto tinglado que nos tiene a todos ciegos, sordos y mudos a merced de los periodistas y otros presuntos formadores e intérpretes de la «opinión pública». Tontos porque más vale el suicidio que perecer cotidianamente – y de hecho, ¿por qué se suicida tanta gente? Sí, somos tontos. En ocasiones se les escapa y nos lo sueltan.

P.D: Cuánto viviremos / cuánto tiempo moriremos / en esta absurda / derrota sin final. La polla records

Aciago Bill

Tierra y libertad

AÇÃO DIRETA LUTA AFROINDÍGENA ARTE RESISTÊNCIA

FOME

FEDERALISMO



AUTO GESTÃO

QUILOMBOLA

JUSTIÇA SOCIAL

FÓRUM GERAL ANARQUISTA

ESPIRITO SANTO BRASIL

5º FORUM
GERAL

